

ADOPTA UN MONSTRUO.COM

MANU RIQUELME



EDITORIAL PEZSAPO
COLECCIÓN MAR



hola@pezsapo.com

www.pezsapo.com

En Facebook: www.facebook.com/pezsapoeditores

En Twitter: [@pezsapoeditores](https://twitter.com/pezsapoeditores)

Editoras:

Inmaculada Puche Romero.

Victoria Irene Borrás Puche

Ilustración de la cubierta: Victoria Irene Borrás Puche

Composición y maquetación: peZsapo.

© 2017, Manu Riquelme

© 2017 de la presente edición: peZsapo.

Todos los derechos están reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación sin el permiso expreso de los titulares del *copyright*.

Primera edición: abril, 2017

ISBN: 978-84-944672-0-2

D. L.: J 158-2017

Impreso en España

31 de julio de 2015

Todo comenzó con una estúpida apuesta. Eva y Natalia se habían empeñado en que Lola se hiciese pasar por «guiiri» durante ese verano, cosa que a priori parecía algo bastante sencillo teniendo en cuenta el físico de su amiga. A pesar de las castizas connotaciones españolas implícitas en su nombre, Lola reunía todos los rasgos típicos de una nórdica: ojos claros, piel blanquísima y una deslumbrante melena rubia como la cerveza, que solía despertar envidia y admiración a partes iguales entre la mayoría de las chicas de su edad. El único problema era que los idiomas no se le daban especialmente bien; es más, su madre estaba tan cabreada a causa de su flamante suspenso en inglés que le había costado Dios y ayuda convencerla para que la dejase salir de casa esa misma noche.

Y allí estaba ella, fingiendo ser otra persona completamente distinta delante del joven y apuesto camarero del bar, ante la aviesa mirada de sus dos mejores amigas.

—¿Te pongo mora en el calimocho? —preguntó el chico con suavidad.

—Oh, mora. ¿Qué ser mora? —Su acento era de todo menos británico—. Mí no entender.

Lola fantaseaba con irse a vivir a Beverly Hills y ser una *teenager*, una auténtica y genuina *teen* americana, igual que las actrices que protagonizaban sus series de televisión favoritas. De vez en cuando le gustaba dejar

volar la imaginación y verse convertida en la capitana del equipo de animadoras, bailando con su pareja en la fiesta de graduación minutos antes de ser coronada reina del baile o perdiendo la virginidad con el *quarterback* del equipo de rugby local en el asiento trasero de una limusina Cadillac del 47. A veces hasta se sorprendía a sí misma debatiéndose internamente si iría a la universidad de Harvard o a la de Yale.

Pero ella no era americana, no, ella era de Vallecas, o al menos eso ponía en su DNI y los DNI siempre dicen la verdad. La pobre Lola era menos americana que esas descoloridas fotografías de bocadillos de calamares que adornaban la fachada del noventa y cinco por ciento de los bares de su barrio. Si hubiese que definir a Lola con un emoticono de WhatsApp, ella sería la flamenca.

El barman giró sobre sus talones para mostrarle una botella de licor de mora.

—Oh, sí. —Tuvo que reprimir una risita—. Mora es mucho buena.

Eva y Natalia, entretanto, estaban repantigadas en sendas sillas contemplando la escena desde un oscuro rincón del inhóspito local.

El muchacho se inclinó tras la barra sin quitarle ojo de encima mientras dejaba caer unas pocas gotas de aquel mejunje en su bebida. Era un veinteañero atlético y corpulento, de pelo castaño y con una única rasta que le colgaba del cogote apoyada sobre su hombro derecho. Lola advirtió que el pulso del chico empezaba a temblar ligeramente aunque no le sorprendió lo más mínimo, ya que estaba acostumbrada a causar la misma reacción en casi todos los hombres que se topaban con ella; en otras palabras: era toda una *attention whore*. Sus hormo-

nas se habían amotinado en el interior de su cuerpo de la noche a la mañana; un motín que se saldó con varios cambios significativos como, por ejemplo, el repentino ensanchamiento de sus caderas o el crecimiento masivo de sus pechos. Evidentemente, dichos cambios físicos no pasaban desapercibidos a ojos del sexo opuesto sino que se acentuaban hacia finales de julio, cuando sus shorts se veían reducidos a una mínima tira elástica a ras del muslo y su escote se abría describiendo la forma de un arco románico.

El camarero apartó la vista de su delantera y dijo:

—¿Me enseñas el DNI, por favor?

—¿Mi DNI?

—Sí. —Sonrió. Tenía una bonita sonrisa. Lo cierto es que el chaval no estaba nada mal, aunque ligar con él no entraba dentro de sus planes; además acababa de salir de una ruptura un tanto traumática y no contemplaba la posibilidad de enredarse con el guaperas de turno—. Tu carnet de identidad —insistió.

Lola rebuscó en su bolso y le tendió el DNI, aun a sabiendas de que su fachada estaba a punto de desmoronarse tan pronto como leyese:

—«Dolores Sánchez Segura». —Nadie la llamaba así salvo su madre cuando se enfadaba con ella, así que se le hizo raro oír su nombre de pila en boca de un extraño—. Bueno, señorita —continuó—, no sé cómo funcionarán las cosas en los Estados Unidos pero aquí, en España, es ilegal servir alcohol a las menores de edad.

Lola se ruborizó.

—Haré la vista gorda por esta vez —dijo él, y le guiñó el ojo.

La joven le dedicó una tímida sonrisa, pagó el calimochito y se dio media vuelta en dirección a la mesa donde estaban sentadas sus amigas.

—Te ha mirado el culo —cuchicheó Natalia con picardía.

—Normal —dijo Eva sombríamente—. Yo también se lo miraría.

Eva estaba gorda. Le sobraban unos diez o doce kilos. Lo había intentado todo: ejercicio, pastillas, dietas milagrosas... pero su gordura era una herencia familiar que descendía de un largo linaje de personas con sobrepeso. Su madre estaba gorda; la hermana de su madre, su tía Encarni, también estaba gorda y su abuela, la madre de ambas, se fue a la tumba orgullosa de pesar ciento treinta kilos. Eva había asumido con cierta resignación su rol de «amiga simpática», y cada vez que un chico guapo se acercaba a ligar con Lola o con Natalia ella desaparecía; su autoestima se desinflaba y su cuerpo se hinchaba más y más, como un globo aerostático, hasta que su mente se elevaba a varios metros sobre el suelo y salía volando lejos de allí. Más allá de los crueles cánones de belleza que promulgaban el reggaetón y los vídeos de rap de la MTV. Su ropa era un libro abierto: consciente como era de sus lorzas y sus cartucheras, se embutía en anchas sudaderas y en floreados vestidos dos o tres tallas más grandes que la suya. Con todo, Eva no era una chica fea en absoluto. Se trataba de una chiquilla pelirroja y rolliza, de sonrosados mofletes salpicados por cientos de pecas que trazaban constelaciones a lo largo y ancho de su pálida piel.

—Pues si yo fuese un tío —exclamó Natalia—, me fijaría en ese par de peras que tiene la muy puta.

Lola se sonrojó. Cuando sus amigas se ponían a deba-

tir sobre sus atributos se sentía como una especie de versión femenina y adolescente del monstruo de Frankenstein.

—Si yo fuese un tío tendría un rabo enorme —bromeó ella; dio un sorbito de calimocho sujetando la pajilla entre el dedo índice y el pulgar y la frotó de arriba abajo: —Y me la machacaría sin parar.

—Yo creo que la tendrías igual de chiquitita que mi hermano Javi —afirmó Natalia entre sorbos de alcohol—. Dios, Lola, no entiendo cómo puedes seguir bebiendo esa mierda. ¡Ya no tenemos quince años! ¿Por qué no pruebas a pedirte un buen Gin tonic con limón y pepino para variar?

—A ti lo único que te gusta del Gin tonic es el pepino.

El camarero alzó la vista para mirarlas y Eva se echó a reír disimuladamente.

En ese momento Natalia era una hipster, y cabe destacar la expresión «en ese momento» porque no hacía ni dos semanas que le había dado por el rollito hardcore hasta que se cortó el pelo, se rapó un extremo de la cabeza y sustituyó las dilataciones y su tabla de skate por el café de *Starbucks* y por unas ridículas gafas de pasta sin cristal. Su cerebro era un complejo ordenador de última generación cuyo sistema operativo estaba actualizándose constantemente. Su versión más reciente, la Natalia dos punto cero, era una chica morena, alta y desgarbada que escuchaba grupos de música *indie* antes de que se hiciesen demasiado *mainstream* por culpa de las multinacionales. Existían tantas versiones de Natalia como personajes de *Pokémon*: antes de ser hipster había sido gótica, hippie, punk y hasta grunge. Si Natalia fuera un emoticono de WhatsApp, ella sería todos y ninguno. Ahora, iba vestida

con una desvencijada camisa roja a cuadros —estilo *vintage*— y unos pantalones de pitillo oscuros tan ajustados que casi le oprimían la circulación de las piernas. Natalia era una *poser* sin demasiada personalidad, sí, pero sus amigas la querían tal y como fuese... en ese momento.

Juntas formaban un trío de lo más singular.

—Tía, este garito es un rollo —protestó Natalia—. Además, no hay ni un alma.

—Ya, se nota que es verano —observó Eva mirando a su alrededor. Lola le ofreció calimocho y ella negó con la cabeza. Estaba inmersa en plena operación bikini. Eva estaba inmersa en plena operación bikini hasta en invierno—. Voto por ir a mi casa a ver un capítulo de *Girls*.

—Secundo la moción —zanjó Natalia antes de terminarse el Gin tonic de un trago.

Lola se evadió de la conversación y su mirada se perdió en el calimocho que sostenía entre las manos, pugnando porque aquel vulgar recipiente se convirtiese en otro tipo de vaso, en uno de esos vasos de plástico de color rojo propios de las fiestas de las películas americanas. De nuevo se proyectó a sí misma hacia una realidad alternativa donde ya no era Dolores Sánchez Segura, sino Deborah Swanson, una sofisticada estudiante de Memphis —aunque no sabría ubicar Memphis en un mapa—, que formaba parte de la selecta fraternidad universitaria de las Delta Gamma. Estaba bebiendo cerveza caliente directamente del serpentín mientras sus amigos tostaban malvaviscos en torno a una humeante hoguera, en mitad del bosque, a varios kilómetros de la civilización. A su derecha, Kelly Rogers presumía frente al resto de *cheerleaders* de los implantes de silicona que su padre le había regalado por su cumpleaños. «Es como agitar un pom-

pón», declaró Tina Davis tras magrearle la teta izquierda. Steve Morgan y Jason Connors se dedicaban a fumar marihuana y a lanzarse pases con una lata de cerveza vacía a modo de improvisado balón de rugby. Mike Perkins, el guapo y taciturno presidente del club de debate, se acercó a Deborah, el *álter ego* de Lola, para ponerle sobre los hombros el suéter con sus iniciales bordadas, en un velado intento por mantener relaciones sexuales con ella en la cabaña que sus tíos tenían junto al lago. Steve dejó escapar un sonoro eructo —sí, definitivamente estaban muy lejos de la civilización— y anunció que tenía que ir a mear. Alguien comentó algo sobre una leyenda urbana acerca de un joven que perdió la vida en el aserradero del pueblo y cuyo espíritu aún vagaba por las inmediaciones de la zona en busca de venganza. Todos se arremolinaron alrededor de la fogata y escucharon en silencio la historia —una crítica nada sutil a las relaciones prematrimoniales y a la promiscuidad sexual—, hasta que el idiota de Steve Morgan brotó de detrás de un arbusto ataviado con un disfraz de leñador psicópata dispuesto a sembrar el pánico entre las chicas. «Eres un imbécil, Steve Morgan», replicaron Kelly Rogers y sus tetas recién operadas. Más tarde, el verdadero asesino del hacha daría buena cuenta de todos ellos uno a uno. Afortunadamente, tanto Deborah como Lola seguían siendo vírgenes, lo cual significaba que su promedio de vida era superior a la media en comparación con el de sus compañeras. Así eran ellas, un par de *Scream Queens*, dos supervivientes natas que habían visto suficientes películas de terror y sabían lo importante que era mantener intacto el himen si querían salir de allí victoriosas y de una sola pieza.

Dentro de su bolso el insistente zumbido del iPhone trajo a Lola de vuelta a la vida real.

Antón

En línea

Lo voy a hacer 23:12

Va en serio 23:13

¿Otra vez?

23:17 ✓✓

Esta vez va en serio 23:18

Lo tengo todo preparado 23:18

Me voy a suicidar, Lola 23:19

¿Qué va a ser esta noche?

23:20 ✓✓

Voy a abrirme las venas 23:20

Oh, cuchillas de afeitar en la bañera

23:21 ✓✓

Todo un clásico 23:22

Paso de la bañera 23:24

Me da palo que me encuentren en bolas 23:24

Recuerda cortarte de manera vertical

23:25 ✓✓


De arriba hacia abajo

23:25 ✓✓



23:26

Voy a morir y a ti te importa una mierda 23:26

		Antón, acuéstate: estás borracho 23:26 ✓✓
No puedo dormir	23:27	Pues hazte una paja 23:29 ✓✓
He intentado ver una película de terror	23:30	
Pero me acuerdo de ti	23:30	¿Te la pone dura Jason Voorhees? 23:32 ✓✓
No, la sangre me recuerda a ti	23:33	
De hecho, no puedo cortarme las venas	23:33	
Porque me desangraría pensando en ti	23:33	Me vas a hacer llorar 23:35 ✓✓
Lola, vuelve conmigo	23:36	
	23:36	Ahora no puedo hablar 23:40 ✓✓
Ah, saluda al aquelarre de mi parte	23:41	Estoy con Eva y con Natalia 23:40 ✓✓
Tus amigas me odian	23:42	Gilipollas 23:42 ✓✓
		No te odian 23:42 ✓✓

Te echo de menos 23:54

Últ. vez ayer a las 23:58

Primera parte

Gestación

*Los pósters te recuerdan lo que quieres ser y el osito de
peluche lo que fuiste ayer.*

¿Qué quieres ser, qué quieres ser?

Con tus quince años toda una mujer.

¿Qué quieres ser, qué quieres ser?

Si aún habita en ti la niña de ayer.

¿Qué quieres ser, qué quieres ser, qué quieres ser?

Terapia nacional
(¿Qué quieres ser?)